

UNA FRÁGIL EDAD DE ORO

# ESPLENDOR Y OCASO DEL INSTITUTO DE FILOLOGÍA EN TIEMPOS DE AMADO ALONSO (1927-1946)

---

*El Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires gozó de un momento de esplendor durante la gestión de Amado Alonso, defensor de una filología que reflejara las particularidades del habla argentina y no de una lingüística casticista y españolizante. Junto a investigadores de la talla del dominicano Pedro Henríquez Ureña y de los hermanos María Rosa y Raimundo Lida, el Instituto rápidamente se posicionó entre los principales foros hispanistas. Pero sus frágiles bases condicionaron su desarrollo en momentos de coyuntura política adversa.*

MIRANDA LIDA

Entre 1927 y 1946, el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires atravesó su época de esplendor, bajo la dirección del español Amado Alonso<sup>1</sup>. En dos décadas, el Instituto no sólo obtuvo importantes cuotas de prestigio que se proyectaron internacionalmente en todo el orbe hispanoamericano, sino que además contó con ingentes recursos provenientes tanto de la propia universidad, como del Estado y de diversas entidades que ayudaron a sostener sus proyectos, publicaciones, investigadores y becarios. No obstante todo ello, sus bases fueron frágiles, puesto que los ingresos ordinarios de Instituto (que provenían del presupuesto de la Universidad e iban destinados a costear sueldos) fueron magros, lo cual terminaría por dejarlo expuesto a los vaivenes de la coyuntura. El Instituto tejió vínculos con instituciones y organismos de gobierno de la así llamada “década infame”; una vez que fueron desplazados por el golpe militar de 1943, es comprensible que el Instituto se viera perjudicado a tal punto que en 1947 quedó virtualmente desmantelado. Este artículo analiza su esplendor y derrumbe, a la vez que procura explicar las causas que hicieron posibles sus luces y sombras, e incluso su virtual disolución. Parte de ello debe ser atribuido, argüiremos, a la coyuntura política

que le tocó atravesar. Desde el momento en que no fue completamente independiente de los factores de poder, e incluso del Estado, quedó expuesto a sus contratiempos. Así, la clave que explica buena parte de su éxito fue al mismo tiempo su talón de Aquiles.

### Fundación del Instituto y llegada de Alonso

El Instituto de Filología fue inaugurado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1923, bajo el impulso que le diera su decano, Ricardo Rojas, quien convocó a Américo Castro, proveniente del prestigioso Centro de Estudios Históricos de Madrid, presidido por Ramón Menéndez Pidal, para que lo pusiera en marcha y se comprometiera a garantizar su calidad académica. Dada la impronta nacionalista que Ricardo Rojas, el autor de la monumental *Historia de la literatura argentina*, le imprimió a su producción académica y literaria, no ha de extrañar que impulsara al nuevo Instituto a estudiar el habla popular hispanoamericana y, en especial, rioplatense, temática que ingresó a su agenda prácticamente desde su fundación. Ello no impidió, claro está, que los sucesivos directores pudieran darle al Instituto su propio sesgo. Tuvieron margen, de hecho, para establecer sus propias agendas de investigación. Sin embargo, la cuestión del nacionalismo lingüístico conservó un importante lugar en el seno del Instituto, centro a su vez de vivas polémicas que alcanzaron trascendencia pública desde la década de 1920<sup>2</sup>.

La lengua, se sabe, constituyó en Europa desde la segunda mitad del siglo XIX un rasgo decisivo para pensar y definir el concepto de nación; la Argentina no fue excepción en este sentido, de ahí la aparición de ensayos y debates en torno de esta cuestión para estas mismas fechas: recordemos, por ejemplo, las *Cartas de un porteño*, de Juan María Gutiérrez, que datan de 1875, donde polemizaba en torno del idioma y el papel rector que en él pretendía jugar la Real Academia Española. Este debate se continuó a su vez en el siglo XX a través del impacto que tuvo en la Argentina la obra del filólogo francés Lucien Abeille, *Idioma nacional de los argentinos*, quien formuló la hipótesis de que la Argentina poseía un idioma nacional propio, diferente del español peninsular. No se trataba de un dialecto ni de una serie de regionalismos que distinguían al español hablado por los argentinos (el “argentino”) de cualquier otra variante regional; sino del hecho de que la Argentina no podría ser considerada una nación, y ocupar su lugar en el concierto internacional, si carecía de un idioma que fuera plenamente de su propiedad. Esta idea de la reafirmación de la Argentina a través de la lengua no encontró eco sin embargo entre los

principales voceros del nacionalismo de los tiempos del Centenario. Ni Leopoldo Lugones, ni siquiera el propio Ricardo Rojas, proclamaron un nacionalismo lingüístico tan radical. Así, el Instituto de Filología que Rojas impulsó no tendría por función sistematizar y estudiar la lengua *argentina*, sino promover el buen uso del idioma *español* en la Argentina.

En este contexto, no es casual que Américo Castro, el flamante director del nuevo instituto, impugnara la obra de Abeille en su discurso inaugural en la Universidad de Buenos Aires en 1923<sup>3</sup>. Mientras que Abeille reivindicaba el voseo —el uso del vos en la lengua coloquial, en lugar del tú— como un rasgo típico del idioma argentino, Castro daba por descontado que ese idioma no podía ser otro que el español hablado en España; así, pues, el voseo, sólo podía ser considerado una desviación del “auténtico” español. No es un dato menor que la filología arribara a la Argentina de la mano de Castro, a quien la prensa acusaría, apenas arribado al país, de desconocer la lengua “argentina” y de pretender implantar una disciplina de carácter puramente español, poco apropiada para el ambiente local. Se acusó a la recién llegada de ser una disciplina “sólo para españoles”, que relegaba a segundo plano la literatura y el “idioma” autóctono. Quizás por eso, cuando Américo Castro abandonó la ciudad a comienzos de 1924, tras un año de gestión, sus críticos hablaron de su “fracaso”, una crítica injusta que ocultaba una labor intensa que sus seguidores en el cargo continuarían en los años sucesivos: así, nada se dijo del impulso que Castro le diera a la lingüística indígena y la lexicografía hispanoamericana, temas que aparecieron en la agenda de investigación del Instituto desde sus primeros años.

De esta manera no es de sorprender que el academicismo de los filólogos españoles continuara suscitando críticas. La más importante provino de Jorge Luis Borges, en su obra *El idioma de los argentinos*, que obtuvo en 1927 el Segundo Premio Municipal. Allí se discuten dos lecturas acerca del idioma del Río de la Plata, que Borges dará en rechazar:

*Una es la de quienes imaginan que esa habla ya está prefigurada en el arrabalero de los sainetes; otra es la de los casticistas o españolados que creen en lo cabal del idioma y en la impiedad o inutilidad de su refacción. [...] El que no se aguaranga para escribir y se hace el peón de estancia o el matrero o el valentón, trata de españolarse o asume un español gaseoso, abstraído, internacional, sin posibilidad de patria ninguna. Las singulares excepciones que restan [...] son de las que nos honran.*<sup>4</sup>

Las dos eran igual de puristas, aunque en direcciones divergentes. Nos concentraremos en la segunda, que refiere al academicismo de los españoles más casticistas y, en última instancia, al propio Castro, a quien Borges criticó en varias oportunidades por su incapacidad de adaptarse al auditorio porteño. Así, por ejemplo, en las conferencias que dictó en Buenos Aires, utilizó la palabra “egregio”, un término en desuso, advertía Borges. El lingüista, creía, debía ser flexible en el uso de la lengua, conocer los usos locales y adaptarse a su auditorio. Este error Borges no sólo lo advertía en Castro, sino también en buena parte de los lingüistas de origen español radicados en el Instituto de Filología: no sabían acercarse al habla del hombre corriente, dirá. El habla popular sólo se encontraba en la calle, lejos de todo laboratorio, de ahí el gesto de rebelión de Borges, un gesto a través del cual esperaba alentar a que la filología argentina entrara en contacto con la sociedad y la cultura de su tiempo, a través del estudio del habla urbana; se necesitaba, desde su perspectiva, una nueva generación de filólogos menos librescos y casticistas, y más en contacto con la sociedad.

En este marco, hizo su arribo Amado Alonso, el nuevo director, designado en 1927 desde Madrid por Menéndez Pidal. Fue el único que estuvo más de un año académico en la ciudad: de hecho, permanecería casi dos decenios. Había nacido en 1896, de tal modo que tenía poco más de 30 años, y aún no había obtenido su doctorado cuando arribó. Llegó con la misión de hacerse cargo de la dirección de un instituto que había sido vilipendiado en la opinión, y en el que hasta ahora ninguno de sus predecesores había logrado sobrevivir más de un año. Sería necesario remar contra la corriente. Además, la Universidad de Buenos Aires contaba con menos recursos de los que tenían muchas otras iniciativas culturales que se estaban desarrollando en la ciudad, gracias al generoso subsidio aportado por un puñado de personalidades que a modo de mecenas alentaron las artes, las letras y la cultura en los años veinte<sup>5</sup>. Los puestos universitarios no recibían holgados salarios en aquella época. Por ejemplo, el dominicano Pedro Henríquez Ureña —con el que la Argentina no fue, según Borges, todo lo generosa que merecía, en buena medida porque era dominicano—, vivía austeramente de sus cátedras de la Universidad Nacional de La Plata, el Colegio Nacional de La Plata y el Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Y si el mexicano Alfonso Reyes, arribado en 1927, pocos meses antes que Alonso, podía hacerlo de manera más acomodada, era porque poseía un cargo diplomático en la embajada de su país. Reyes celebraba tertulias que le sirvieron a Alonso como aprendizaje para iniciar su tránsito a lo largo de los múltiples espacios de la sociabilidad porteña. Muchos de los asistentes a las tertulias de Reyes terminarían

confluyendo en la revista *Sur* de Victoria Ocampo, fundada en 1931. Alonso se integró bien a este círculo<sup>6</sup>. Y fue gracias a esta red de relaciones construida en torno a las tres figuras hispanoamericanas de Reyes, Henríquez Ureña y Alonso, que el idioma español comenzó a ganar prestigio literario e intelectual en los sectores cultos de la sociabilidad porteña.

En este marco, la filología en lengua española ya no fue vista como cosa tan extraña y ajena, como le había ocurrido en 1923 y 1924 a Castro. Consciente de las polémicas habidas en los años precedentes, Alonso hizo esfuerzos por diferenciarse de sus predecesores. Se mostró portador de una filología que se hacía eco de las inquietudes de la sociedad argentina; no quería que se repitiera la acusación de que la suya era una disciplina “para españoles”. Así, se propuso escuchar atentamente a los argentinos hablar; no había más que prestar atención al habla de la gente común para detectar los matices de su pronunciación. Alonso no quería mostrarse como un español pedante que venía a denunciar la falta de purismo o corrección en la lengua hablada por el común de los argentinos. Traía de España un oído entrenado: tenía preparación en fonética, herramienta de gran ayuda para tratar de enraizar la filología en Argentina. Y continuará alentando este tipo de estudios en los años sucesivos. Así, en esta línea trabajaría su discípula Berta Elena Vidal de Battini, que recorrió todo el país a fin de recabar información fonética regional. Asimismo, se interesó por el gaucho y su modo de usar el idioma. El lingüista, pues, se adaptaba a lo criollo y demostraba su interés por el lenguaje de *Don Segundo Sombra*. Alonso no era el típico académico español que se limitaba a invocar la autoridad lingüística de la rancia tradición castellana. Por sus orígenes vascos (nació en Lerín, Navarra) y sus conocimientos de euskera, no admitía una visión rígida y homogeneizadora de la lengua española y estaba preparado para aceptar los particularismos y la diversidad de hablas dialectales. En lugar de mostrarse como un lingüista casticista, se puso al nivel del público porteño para el que escribía. Lejos de afirmar que el idioma español —el auténtico, el único posible— era el que se hablaba en España, y que todas sus demás variantes no serían más que desviaciones impuras, Alonso sostuvo que aquel español prístino no existía siquiera en su país de origen, puesto que era tan grande la diversidad de matices provenientes de cada región, que sería impropio hablar de algún tipo de pureza en la lengua española peninsular<sup>7</sup>.

Por esta vía, Amado Alonso desde un comienzo buscó adaptarse a la sociedad porteña y sus demandas. Su carácter llano lo ayudó en su esfuerzo por revertir la imagen que en la Argentina se había tenido de la filología española desde los tiempos de Castro. No pretendía

convertirse en ningún inquisidor de la lengua. Comenzó por reconocer el modo en que las transformaciones sociales que atravesó la Argentina en el período de entreguerras se hacían sentir sobre la lengua: las rápidas transformaciones sociales amenazaban con subvertir los cánones y las jerarquías del buen decir y tornaban urgente la necesidad de intervención de los lingüistas. Bajo la dirección de Alonso, el Instituto de Filología tendría, así, mucha tela para cortar.

### Gestión y proyección internacional del Instituto

El Instituto de Filología llevó una marcha impetuosa luego de 1927. Alonso le dio respaldo sobre todo a sus publicaciones especializadas, más allá de lo que originalmente había sido previsto por parte de las autoridades de la Facultad (sus planes contemplaban tan sólo la publicación de un boletín periódico, de un diccionario del habla popular y el fomento a la investigación en gramática indígena, para lo cual se invitó en 1926 a Roberto Lehmann Nitsche). Ya a partir de 1928 los trabajos en marcha por el Instituto se multiplicaron: se lanzó un proyecto que contemplaba la edición de un libro en torno del estudio del español extrapeninsular, para lo cual se solicitó aumento de presupuesto; se proyectó al mismo tiempo un estudio lingüístico sobre la Biblia medieval romanceada, que se publicaría en dos tomos editados por la prestigiosa casa Peuser y se convertiría en el primer proyecto del Instituto de Filología que alcanzó una cierta repercusión internacional, en especial en Europa y Estados Unidos; se comenzó a estudiar, también, la apropiación de palabras españolas en las lenguas aborígenes americanas, para lo cual se envió a estudiantes a hacer trabajo de campo al noroeste del país, lo cual permitió, según diría el propio Alonso, valorar “la insospechada riqueza lingüística escondida lejos de las grandes ciudades argentinas”<sup>8</sup>. Supo además acoger investigadores de todas las edades y perfiles, desde jóvenes entusiastas a quienes les asignaba diversos trabajos de campo o archivo, hasta investigadores más aquilatados, como Pedro Henríquez Ureña, a quien hizo nombrar como investigador adscripto a partir de 1929, para luego designarlo secretario rentado. Además, se conformaron dentro del mismo Instituto áreas de investigación con recursos y cargos específicos (v.g., la sección de Estilística que se conformó en 1931).

Todo este esfuerzo se tradujo en una rápida multiplicación de los libros y de las primeras colecciones especializadas editadas por el Instituto, con fondos provenientes (la más de las veces) de la propia Universidad de Buenos Aires: así se iría conformando la

Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, por un lado, y la Colección de Estudios Estilísticos, por otro. En la primera, se cuentan entre sus títulos editados: *Problemas de dialectología hispanoamericana* (1930) de Aurelio M. Espinosa, con notas de Amado Alonso y Ángel Rosenblat; *Hispanismos en el guaraní* (1930) de Marcos Morínigo; y *La lengua de Martín Fierro* (1930) de Eleuterio Tiscornia. Para 1940, esta colección ya había publicado más de diez títulos: eran siete libros en total, más varios cuadernos de investigación. En la segunda, lo primero que se publicó fue la *Introducción a la estilística romance*, de Karl Vossler, Leo Spitzer y Helmut Hatzfeld, en 1932. Luego siguieron Karl Vossler, *La vida espiritual en Sudamérica* (Anejo del Instituto de Filología, Buenos Aires, 1935) y Leo Spitzer, *La enumeración caótica en la poesía moderna*, (Buenos Aires, 1945). Con toda esta labor en marcha, Alonso diría, en un informe elevado al decano en 1936, que “la filología más exigente de Europa y Norte-América tiene a Buenos Aires por un centro de producción filológica importante por la calidad y la cantidad”<sup>9</sup> (hubo otras colecciones que no prosperaron en el tiempo, entre otras razones, por falta de recursos: así, una serie de “estudios indigenistas”, que comprendía el proyecto de un diccionario de indigenismos americanos, entre otros).

Con este *background*, a fines de 1936, y próximo a cumplir una década al frente del Instituto, Amado Alonso le solicitó al decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires que lo avalara para solicitarle al Congreso Nacional un subsidio para solventar las ingentes actividades del Instituto. El subsidio fue concedido, y se mantuvo vigente desde 1937 a 1943, lo cual le proporcionó al centro de investigación una importante cantidad de fondos extraordinarios, que excedían los que provenían de la propia universidad, que sirvieron para costear sueldos, gastos técnicos de preparación de libros, trabajos de campo, invitados extranjeros (así el caso de Américo Castro, a quien se le costó generosamente un año académico de cursos y también se hizo algo similar con Dámaso Alonso) y los costos de edición de nuevos títulos editoriales que se publicaron a partir de esas fechas. El subsidio osciló entre 8000 y 12000 pesos anuales de entonces, acumulables en caso de no haberse agotado los fondos previstos para un determinado año, y sin la obligación de rendir cuenta minuciosa de las actividades para la aprobación de los gastos. De tal manera que bien puede afirmarse que el Instituto de Filología contaba con el presupuesto más holgado de la Facultad de Filosofía y Letras, con recursos provenientes tanto del presupuesto universitario como de otros fondos que Amado Alonso administraba con libertad, y sin necesidad de rendir cuentas por ello, de allí que pudiera multiplicar los cargos rentados de los

investigadores del Instituto. A fin de cada año, los ingresos obtenidos solían reflejar montos sobrantes, lo cual es buena prueba de lo holgado de su presupuesto anual<sup>10</sup>.

Más aún: el Instituto dispuso de suficiente capital, tanto monetario como simbólico, amén de crecientes recursos humanos entre investigadores formados, en formación, becarios, estudiantes y asistentes técnicos, para poner en marcha el proyecto de editar una revista especializada, que no tardaría en hacerse conocer internacionalmente. Así nació la *Revista de Filología Hispánica*, que contó con el apoyo del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Columbia (New York), que también se lanzó por su parte a publicar una revista propia especializada. Ambas, en estrecha relación a la hora de su lanzamiento, complementarias y en mutua colaboración, vendrían a llenar el vacío que la guerra civil española provocó en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, y en su *Revista de Filología Española*. La revista argentina no contó con recursos específicos provenientes de Estados Unidos (por contraste, sí le otorgó fondos, en cambio, para costear las contribuciones de los autores, que eran pagas, y demás costos, la Institución Cultural Española de Buenos Aires, muy activa en la cultura argentina de la primera mitad del siglo XX), pero de todas maneras facilitó contactos que hicieron posibles los viajes de varios investigadores del Instituto argentino a las universidades norteamericanas; así, por ejemplo, ocurrió con Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, quienes dieron cursos en varias de ellas y se acercaron a distintos foros académicos de hispanistas. Las relaciones con las instituciones académicas norteamericanas habían alcanzado tal fluidez que Amado Alonso no vaciló en 1941 en proyectar la creación de un “Doctorado de Estudios Hispánicos para Estudiantes Extranjeros”, cuyo público estaría compuesto, según se preveía, por alumnos de nacionalidad norteamericana<sup>11</sup>. Pero los recursos que la propia universidad le concedía al Instituto a través del presupuesto apenas habían crecido a lo largo de los años. Los subsidios obtenidos fuera de la Universidad se mostrarían a la larga inciertos, puesto que no había garantías acerca de su continuidad, y más en una coyuntura de cambio político como la que atravesó la Argentina entre 1943 y 1946. Fue aquí cuando el Instituto comenzó el declive que lo llevaría a su virtual disolución en 1947.

## Epílogo

En 1947, Amado Alonso debió partir de la Argentina porque la Universidad de Buenos Aires, apenas iniciado el gobierno de Perón, le impuso condiciones que ya no

estaba en posición de cumplir. El hecho de haber prosperado y crecido durante la “década infame” le jugaría una mala pasada en la nueva coyuntura política que se abrió luego de 1943. El gobierno peronista comenzó a exigirle exclusividad tanto en la dirección del Instituto de Filología como en la cátedra de Filología Romance de la que era titular, lo cual puso graves impedimentos a los compromisos internacionales, en especial con instituciones académicas de Estados Unidos, que había adquirido. Un Perón que había llegado al gobierno, entre otras cosas, gracias a una campaña de propaganda donde se medía con el diplomático norteamericano en la Argentina, Spruille Braden, no podía sino traerle problemas al Instituto de Filología, que tan fuertes vínculos tenía con las principales universidades y academias norteamericanas.

Tengamos en cuenta que para 1946 Amado Alonso había alcanzado pleno reconocimiento en Estados Unidos: era miembro de honor de la *Modern Language Association of America*; *Foreign Honorary Member* de la *Academy of Arts and Sciences* de Boston, miembro de la *Philosophical Society of America* y Doctor *honoris causa* por la Universidad de Chicago (1941). Además, y al igual que también había ocurrido con Pedro Henríquez Ureña entre 1940 y 1941 cuando le concedieron la cátedra Norton, Amado Alonso fue invitado a Harvard como profesor visitante en septiembre de 1946. La Segunda Guerra Mundial ya había concluido y los contactos con el Instituto de Filología, así como también las invitaciones internacionales, se reactivaron intensamente luego de 1945. Alonso viajó a Harvard con la idea de regresar a fines del año lectivo del hemisferio norte, en junio de 1947 (nunca estuvo en sus intenciones dejar el país: de hecho había adoptado la nacionalidad argentina). Pero la licencia que pidió para ese viaje desencadenó una polvareda que él jamás habría podido imaginar. En anteriores ocasiones, había documentado debidamente su pedido de licencia y la había obtenido sin problemas. Pero en 1946, bajo el gobierno peronista, una invitación a Harvard, es decir, una universidad *yanqui*, no era precisamente algo que pudiera ser bien visto. El interventor de la Facultad de Filosofía y Letras le envió una nota en septiembre de 1946 informándole que si bien se le había otorgado la licencia para la cátedra, ella no se hacía extensiva al Instituto de Filología. Amado Alonso creía que con pedir una única licencia bastaba, puesto que el reglamento de 1923, que estableció las normas de funcionamiento del Instituto, estipulaba que la titularidad del Instituto debía coincidir con el desempeño en aquella cátedra. Pero François declaró en suspenso dicha reglamentación y entregó la titularidad del Instituto de Filología, así como también la responsabilidad sobre la *Revista de Filología Hispánica*, a su

nuevo director, Ángel Battistessa, su sucesor en la cátedra por decisión del interventor.

Significaba, en los hechos, todo un gesto de avasallamiento que en la práctica desencadenaría el virtual desmantelamiento del Instituto según lo había forjado Alonso. A continuación, los discípulos de Alonso y sus colaboradores directos protestaron cuanto pudieron: enviaron una nota al interventor donde expresaron que era su “deber de conciencia” solicitarle que revisara la medida. La firmaban los hermanos María Rosa y Raimundo Lida, Ángel Rosenblat, Frida Weber, Julio Caillet-Bois, Raúl Moglia, Paul Bénichou —el intelectual sefardí de origen argelino—, Berta Elena Vidal de Battini, María Elena Suárez Bengoechea y Daniel Devoto<sup>12</sup>.

Pero no tuvieron éxito con las protestas: al igual que Alonso, los hermanos Lida y Ángel Rosenblat terminaron alejándose de la Argentina. Amado Alonso procuró refundar la revista del instituto porteño en el exilio (así se fundó en México la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, en 1947), y continuar con la labor desarrollada, acompañado de la solidaridad de sus antiguos discípulos, pero su temprana muerte en 1952 dejaría trunco cualquier intento de refundar en el exilio el Instituto porteño.

El reconocimiento de la Universidad de Buenos Aires le llegaría post-mortem: hoy en día el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas lleva el nombre de Amado Alonso.



\* **Miranda Lida**

Doctora en Historia. Investigadora Independiente en CONICET. Profesora de Historia Argentina 3 (Universidad Torcuato Di Tella) y titular de Historia del Siglo XX (Universidad Católica Argentina). Entre sus libros se cuentan: *Años Dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo* (Eudeba, 2014), *Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo* (Edhasa, 2013), *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad (1900-1960)* (Biblos, 2012), *Dos ciudades y un deán. Biografía de Gregorio Funes* (Eudeba, 2006).

---

<sup>1</sup> Acerca de Alonso y el Instituto de Filología porteño, puede verse el número especial que le dedicó la revista *Cauce. Revista de filología y su didáctica*, Sevilla, N. 18-19, 2005-2006. Ver también, Lida, Miranda. *Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo*. Buenos Aires, Eudeba, 2014.

<sup>2</sup> Al respecto, Lida, Miranda: “Una lengua nacional aluvial para la Argentina. Jorge Luis Borges, Américo Castro y Amado Alonso” en: *Prismas. Revista de Historia intelectual*. 16, 2012, pp. 99-119. También, Bordelois, Ivonne - Di Tullio, Ángela. “El idioma de los argentinos: cultura y discriminación” en: *Ciberletras. Revista de crítica literaria y de cultura*. 6, enero de 2002.

<sup>3</sup> Instituto de Filología, *Discursos pronunciados por el Decano don Ricardo Rojas y por el Profesor don Américo Castro en el acto inaugural realizado el día 6 de junio de 1923*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1923.

<sup>4</sup> Borges, Jorge Luis. *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires, Editores Peña-Del Giudice, 1952, p. 13.

<sup>5</sup> Buchbinder, Pablo. *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires, Eudeba, 1997.

<sup>6</sup> Venier, Marta Elena (ed.). *Crónicas parciales. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*. El Colegio de México, 2008.

<sup>7</sup> Alonso, Amado. *La Argentina y la nivelación del idioma*. Buenos Aires, 1943.

<sup>8</sup> Nota de Amado Alonso al decano Emilio Ravignani, Buenos Aires, 14 de noviembre de 1929, Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL), Universidad de Buenos Aires.

<sup>9</sup> Nota de Amado Alonso al decano Coriolano Alberini, Buenos Aires, 1 de agosto de 1936, Archivo de la FFYL.

<sup>10</sup> Nota de Amado Alonso al decano Coriolano Alberini, Buenos Aires, 14 de diciembre de 1939, Archivo de la FFYL.

<sup>11</sup> “Proyecto de Creación de un Doctorado de Estudios Hispánicos para estudiantes extranjeros”, elevado por Amado Alonso al decano Emilio Ravignani, 23 de junio de 1941, Archivo de la FFYL.

<sup>12</sup> La documentación pertinente está transcrita en Juan María Lecea Yabar, “Amado Alonso en Madrid y Buenos Aires”, *Cauce. Revista de filología y su didáctica*, Sevilla, 22-23, 1999-2000, pp. 403-420.